

29 julio = 27

94

La Risa

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



30
céntes

— ¡Los hay frescos!...

Dibujo de MEL.



MATATIEMPOS



Por cada trabajo original e ingenioso que publiquemos en esta sección abonaremos DOS PESETAS, y un premio de VEINTICINCO PESETAS por las soluciones exactas a los mismos.

(Véanse las condiciones en el núm. 32.)

34.—Dar un susto.

R
S

35.—Cinegética.—POR FALDO.

X 100 Viento.

36.—Calvo.

FRU NOTA TA

37.—La solución está muy oscura.

1001 Fin de la salve. Jerga. FO

38.—Se come.

10500

39.—Principio de un cantar.

P ñ l

P ñ l

40.—Forzudo.

8 A

42.—Calle, pueblo y teatro.

FU
K Célebre periodista.

41.—Se hace con el pensamiento.

NOTA NOTA Negación

43.—Muñeco.

P 50 50

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Cada matatiempo deberá venir acompañado de un cupón. De no ser así se pierde el derecho a cobrarlo, aunque se publique.

Dirijase toda la correspondencia al apartado 7.002.

Tip. Yagües.—Madrid.

Concursos de LA RISA

Para dar variedad a esta sección, admitiremos anécdotas graciosas ocurridas a personas conocidas de la antigüedad o contemporáneas, para alternar su publicación con los piropos, en las mismas condiciones que éstos.

Para tener opción al premio de DIEZ CINCUENTA PESETAS es condición indispensable que los piropos se ajusten a las Bases del concurso para caballeros publicadas en los números 14 y 16 de este semanario.

Los PIROPOS deben venir escritos en papel aparte; pero siempre acompañados del cupón.

—¡Como todos tuviéramos esos ojazos, se morirán de hambre los ópticos!

(Piropo premiado.)

Uno.

PIROPOS RECIBIDOS

—Hermosura: Es usted más atractiva que el Parque Japonés de Buenos Aires.—PORTEÑO.

—Créeme, monísima: Eres un elemento sumamente peligroso, ¡peligrosísimo!... Cuidate con ojo, pues, que puede «meter mano» la Policía.—CELAS DE P.

—¡Bendita sea la madre que irae esas hijas tan bonitas al mundo! ¡Lástima no trajera ciento por minuto para que me tocara a mí una.—A. ERIZ.

—Oye, reina: Por una mirada de tus ojos, aunque con ella me quedara ciego, estaría yo treinta días seguidos sin comer ni beber, bailando la rumba, a los acordes del «carillon», en la cúspide del pararrayos de la torre de Begoña.—A. BILBAO SECANDA.

—Linda Pebeta: Tan salada es usted al andar, que el admirarla me produce más efecto que los gases asfixiantes.—PORTEÑO.

—¡Vaya ojos, madre mía! Te aseguro que el día que te mueras nos dejás a oscuras.—A. BILBAO LECANDA.

—Pasieguita: ¡Vaya una adquisición para uno que esté sometido a régimen lácteo!—ENRIQUE SORIA.

C U P Ó N
N Ú M E R O

23

Para acompañar a todo piropo, trabajo literario o dibujo, sin cuyo requisito no será admitido.
(Este cupón sirve para un solo trabajo.)

—Rusita mía: Por su cariño daría yo más vueltas que una bola de billar.—PORTEÑO.

—Rubia: Si fuera usted castaña me la comía, aunque me volviera loco.—UN SOSO.

—¡Vaya con Dios, negra! Que lleva usted más sal que las salinas de Torre Vieja.—ANTONIO MACHUCA.

Dije que no te quería,
y otra vez vuelvo a buscarte,
y mi corazón partido
destila gotas de sangre.

UN EMPLEADO DE BANCA

—¡Ay, negra! ¡Qué envidia le tengo al vasallo que tenga plaza en ese cuerpo!—P. LOTA.

—Adiós, reina. ¡Me gustas más que una paga extraordinaria!—UN EMPLEADO DE BANCA.

—Niña: Por usted llevaría el mundo entero, aunque viniera la suegra encima.—Ris.

—Rubia: Es usted más bonita que un brillante.—UN PRESTAMISTA.

—Morena: Por una mirada de usted me comprometo a buscar a Casanellas.—F. G.

—Morena: Con el pelito de usted se pueden bordar cien capas y aun sobra pelo.—«TRIPAS».

—Pero qué negra... ¡Qué negra se va usted a ver para casarse!—A. A. PORRAS.

—¡Asesina! ¿Y que no haya un guardia que la detenga? Y digo asesina, porque mi hermanito el «peque» murió por una mirada de ella.—RAMIRILLO EL DEL VATI...

—¡Olé los cuerpos gitanos,
viva el garbo, bien *pisao*!

¡Dígame usted algo, *so reina*!...

¡PASMAO!

—Oiga, joven: ¿Quiere usted hacer el favor de echar una mirada a la tartera, que se me ha quedado fría la comida?—UN ALBAÑIL.

—Nena: Tan rolliza es usted, que... bien podría disputarse el campeonato mundial de boxeo.—PORTEÑO.

—Oiga, morena: ¿Quiere usted depositar dos besos en mi cara, y mañana le devuelvo cincuenta de interés?—JULIÁN MARTÍN.

—Adiós preciosidad: Desde que la vi mi corazón arde.—LUIS MUÑOZ.

—Esos no son ojos: son dos cajas de betún.—UN LIMPIABOTAS.

—Oiga, joven: Con sus ojos me está haciendo espuma mi industria muy lentamente. UN JABONERO.

Tienes tú más poder
que Romanones,
por que vale más tu gracia
que sus millones.

FRANCISCO SALAS.

—Morena: Tienes más adoradores de gracia que «bagas» de alpiste caben en un trasatlántico.—T. BESO.

—¡Olé las mujeres con sal! Lleva usted más sal en su cuerpo que catorce barcos cargados de bacalao de Escocia.—AUSOVINO PASCHAL.

—Adiós, morena, que con esos ojos ve usted más corazones que los Rayos X.—ANTONIO AGUILERA.

—Oiga, joven: ¿Quiere usted hacer el favor de echar una mirada al tranvía, que se ha quedado sin corriente?—UN CONDUCTOR.

—Adiós, serrana: Si el ser bonita fuera música, tenía usted una orquesta en su casa. JAMÓN CON TOMATE

—Me gusta usted más que comer con los dedos.—PIQUÍN.

LA RISA

BOLETÍN DE SUBSCRIPCIÓN

D. habitante en
..... provincia de calle de
..... núm. desea subscribirse por
para lo que remite ptas. cts. por giro postal o sellos de correo.

EL SUBSCRIPTOR.

..... de de 1923.

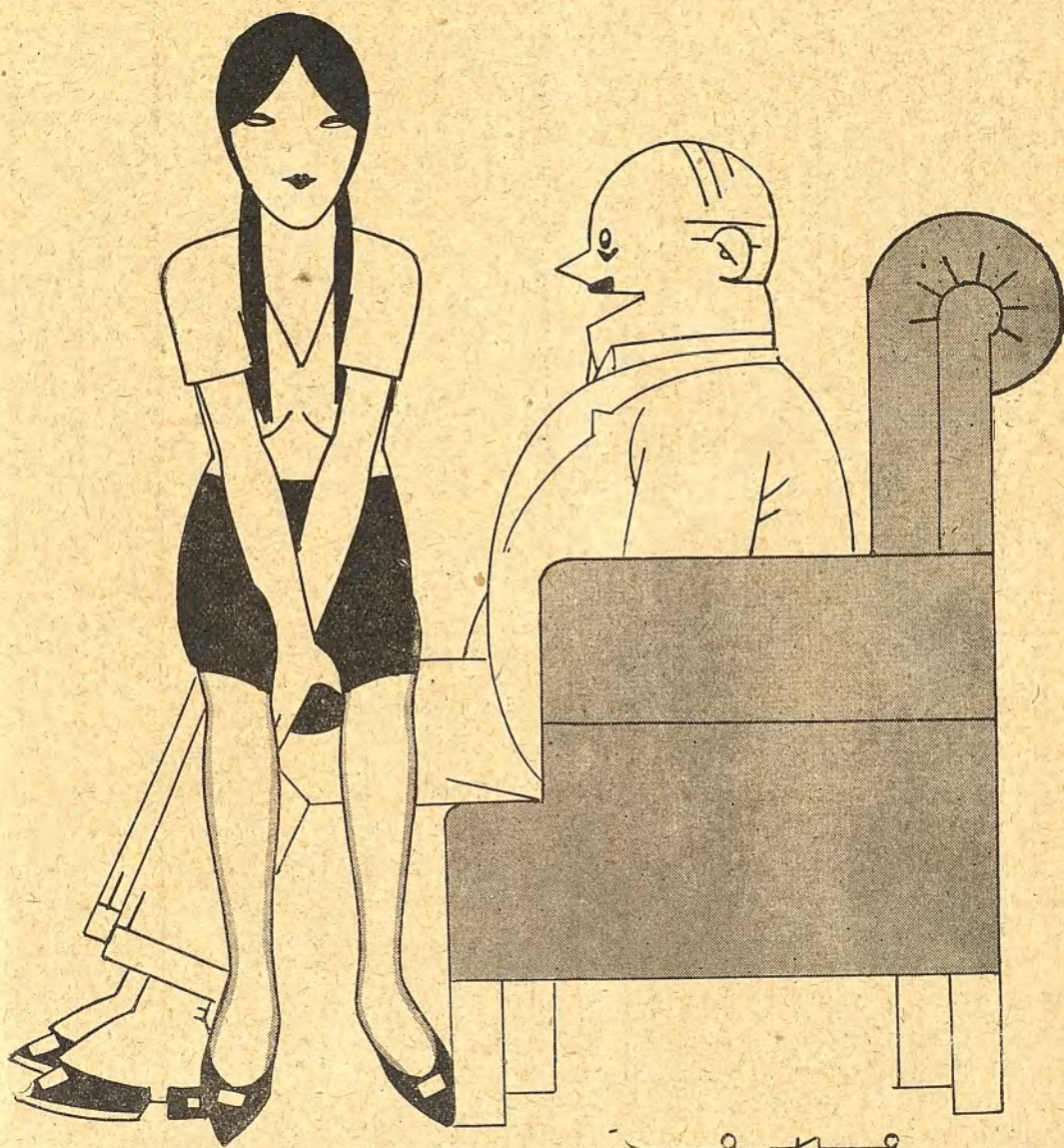
La Risa

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

: DOCTOR FOURQUET, 4.—MADRID :

APARTADO 7.002. — TELÉF. 30-76 M.

SEMANARIO HUMORÍSTICO :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS



EL PADRE (regañando).—Que no te lo vuelva a decir. Siempre que hables con una persona, miras a la cara de ésta. Quien no lo hace es un embustero.

LA NIÑA.—Hay quien dice verdad y no te mira a la cara.

EL PADRE.—¿Quién?

LA NIÑA.—Los bizcos.

Dibujo de TONO.



Las inconsolables.

Despechugadas, con los brazos al aire, incitativos los retrecheros ojos, comestibles e indigestamente sabrosas como nunca, se ven cada día más grupos de dos o tres enlutadas, de esas que llevan un largo manto de crespón e inclinan la frente como bajo la pesadumbre de la pérdida irreparable.

Son madre y dos hijas. Las tres, guapetonas, arrogantes, como aquellas que en la Flandes de antaño reirataba el sensual Pedro Pablo Rubens, o mejor, como aquellas que, todavía a los ochenta años de edad, copiaba Tiziano, «pintándolas con carne molida». Las inconsolables, cargadas de duelo y de negrura, aunque ligeritas de ropa, en honor a la moda y al esífo, promueven a su paso un desbordamiento de piropos, de salacidades, de pornografías. Sabido es que el español acostumbra expresar sus devociones por medio de blasfemias, y sus arrobos por medio de atrocidades. En la última novela de Insúa, *La mujer que necesita amar*, dice la protagonista, que es muy bonita y muy inteligente: «Salí; me atreví a salir sola ayer tarde por la Carrera de San Jerónimo, de seis a siete, por entre tanto hombre...» Lo cual es una heroicidad indiscutida. Pues bien, las inconsolables desafían todos los peligros, tan madrileños, de la procacidad, de la estupidez y del hambre genésica de nuestros convecinos, albañiles o señoritos «bien»; y ellas, tan entristecidas por fuera, frecuentan los sitios más céntricos y concurridos de la capital, y a media tarde penetran en un establecimiento de moda a tomarse un mantecadito o su «baby»...

He aquí derrumbado el concepto, ya demasiado «demodé», exigente y hosco, del luto familiar. Antes, nuestras abuelas, cuando lloraban la pérdida de algún deudo, se encerraban en casita un par de años, y sólo salían en los lívidos y recatados amaneceres a oír la misa por el difunto. En su profundo dolor entraba el odio a las representaciones teatrales, a los sorbetes y a los discotes. Todo, a su juicio, pro-

fanaba la consternación de la desventura doméstica. No les atraía nada, y su almita y su estómago experimentaban la misma inapetencia. El culto del ausente era una cosa seria de verdad, en la que no tomaban parte ni la modista, ni el joyero, ni el «zúngano». Pero esto se acabó.

Ahora se reúnen dos o tres chicas, de las que empiezan a «pasarse», y puestas de acuerdo en que «hay que hacer algo», se encargan unos trajes de tul y crespón, de los más negros, con los que están para comérselas. Languideciendo el paso, encenizando la lumbrera de la mirada, bien rojos los labios, elástico el tal'e, nevado y palpitante el seno, su melancolía decorativamente grave conmueve al público, en especial a los caballeros. Estas hijas de brigadieres, de jefes de Administración civil, de magistrados, ateniadas a una magra pensión, sin más tesoro visible que sus años desesperados de belleza, no llamarían la atención vestidas como las demás burguesitas que toman el consabido chocolatin con churritos... Están mejor, resultan más apimentadas, más henchidas de especias y de heces estas chicas opulentas, metidas en su luto, escudadas en su tristeza. Lo negro «lo hizo Dios», y es verdad que esto va tanto con las morenas de cabello de ébano como con las rubias que visten de negro. Al entrar ellas, el café se remorza, las mesas se soliviantan, los camareros sacuden su modorra, los ramilletes de luces se multiplican y el aire se hace de oro legítimo. No hay nada que alegre tanto la vida como una mujer de éstas que representan su papel de afligidas.

El novio «cae» con relativa facilidad, y si no el novio, el «amiguito». Se sabe de más de una asociación de inconsolables que toca el piano en casa, y a veces reparte pastitas y hace funcionar una ruleta, de esas de juguete, que se lleva en serio los reales de más de un cuarentón. Muchos sesentones — de los que conservan romántica el alma —, ya no se interesan por ninguna mujer mientras no parezca huérfana o viuda. Las viudas dan tanto resultado como las huérfanas, y a veces más, porque, puestas

a dejarse amar, no alojan al microbio del trámite, y sus favores eluden hasta donde es posible la burocracia. De todos modos, Madrid, que quiere europeizarse desde hace un siglo y algunas veces lo logra, está adquiriendo un bonito mohín de picardía aparente e inofensiva con estas inconsolables de manto y descote que sorben su mantecado. En su dignidad de doloridas, en su majestad de desventuradas, estriba el éxito. Con las sombras en que se refugian, su vida y la nuestra tienen más luz...

E. RAMÍREZ ÁNGEL

«LAS DE CAÍN»

TENEMOS tal costumbre de soltar por nuestra boca proverbios y refranes sin saber su significado, que es una verdadera lástima.

La mayoría de la gente pronuncia con frecuencia: «Estoy pasando las de Caín», y desconocen el origen de dicha frase.

Lo de «se trae las de Caín», ya es distinto; pues a la legua se ve que se refiere a las intenciones que llevaba el tal sujeto cuando dió el golletazo a su hermano Abel.

Pero volvamos a lo otro.

En vez de decirse «estoy pasando las de Caín» debiera pronunciarse: «Estoy pasando las de Adán», pues nuestro primer padre (q. e. G. e.) fué el que las *pasó negras* cuando nació su primer hijo, según podrá convencerse el que tenga la paciencia de leer estas mis verídicas demostraciones.

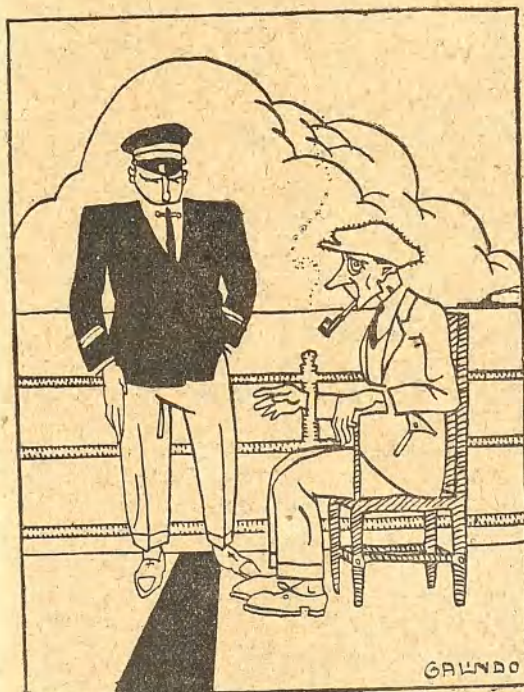
No es porque esté yo delante (si no estuviera diría lo mismo), pero en esto de las investigaciones más o menos científicas, si no soy el *as*, por lo menos soy el *tres* de la muestra.

En un escrito hallado en el bolsillo interior de la americana que usó Noé durante la travesía en el Arca, está explicado el origen de la frase que nos ocupa.

Ya sabrán los que hayan leído un poco la *Historia Sagrada*, que la mencionada prenda diluviana se conserva en las pirámides de Egipto, situadas entre Bilbao y Portugalete.

En dicho escrito, que viene a ser una especie de novela corta sin pie de imprenta, están recopilados varios pasajes de la vida de Adán y de su señora esposa (cuyos pies beso).

Cuenta el historiador, de cuyo nombre no



—Si ocurriera un naufragio sería extraordinariamente peligroso para mí.
—¿Por qué? ¿No sabe usted nadar?
—Sí, pero tengo reuma.

Dibujo de GALINDO.

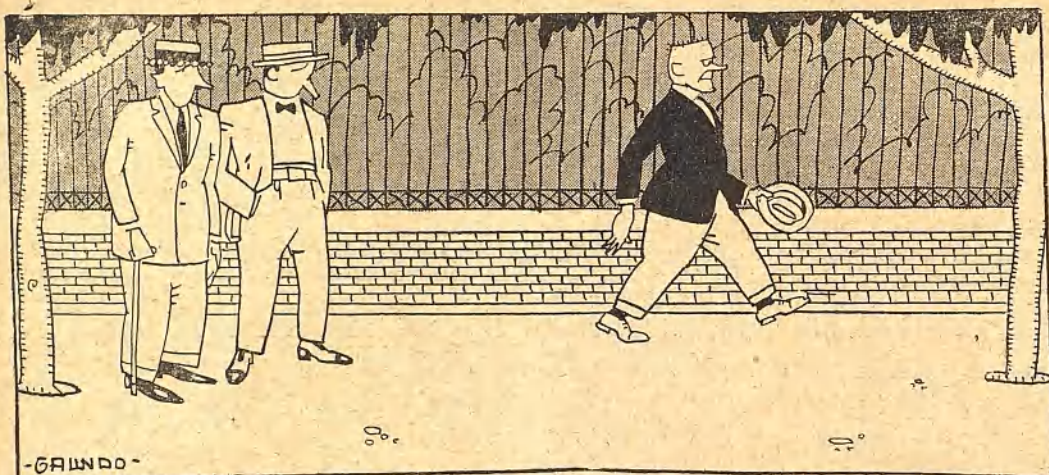


EL CAPITÁN DEL BARCO.—Hacia tiempo que no le veía, padre.

EL CURA.—Estoy ocupadísimo. Sólo esta mañana he casado a tres parejas en quince minutos.

EL CAPITÁN.—Eso es ir a doce nudos por hora.

Dibujo de SÁNCHEZ VÁZQUEZ.



—Mira. Ese que vá por ahí hace un año que me debe quinientas pesetas.
—¿Y por qué no se las reclamas?
—Porque es boxeador.

Dibujo de GALINDO.

puedo acordarme, que nuestros primeros padres hacían una vida tranquila y regalada entre las frondas del huerto paradisíaco, siendo sus juegos favoritos el de la toña y las cuatro esquinas, hasta que Eva inventó el bonito y entretenido juego de la manzana, el cual fué la causa de que les pusieran los trastos en la calle.

A partir de este punto, el problema de la vivienda, casi tan difícil de resolver como en los actuales tiempos, vino a ser la primera preocupación de nuestro padre Adán.

Después, el matrimonio tuvo que sufrir muchas penalidades y humillaciones, tales como tener Adán que afeitarse solo y verse obligada Eva a ir a la compra.

Pero cuando creyeron enloquecer ambos de dolor y de miedo a lo desconocido, fué al nacer Caín, pues se encontraron ante el primer caso de esta índole que se daba en el mundo.

Al notar Eva los síntomas propios en toda mujer cuando va a ser madre, *se soltó el pelo* y empezó a dar agudísimos gritos, al mismo tiempo que maldecía de su suerte y de la mala ocurrencia que tuvo de probar el fruto prohibido.

Adán, como nunca se había visto en un *fregado* semejante, se mesaba los cabellos y profería frases que hacían muy poco honor a su educación esmeradísima.

Y de aquí proviene la frase «estamos pasando las de Caín», la cual pronunciaban nuestros repetidos primeros padres con bastante frecuencia cuando referían a sus amistades algún caso de apuro como el de entonces, pues mientras Eva

se retorecía pidiendo auxilio, Adán *sudaba pez* recorriendo aquellas deshabitadas regiones en busca de una comadrona.

ISIDRO THOMÉ.

DOS TIROS Y UN SABLAZO

EL día 15 de enero, Nolasco Echaquetecae recibió una carta que, entre otras cosas, decía:

«... y como yo soy, aunque berdulera, una mujer que se ace carjo de tó, aspero que ablemos los dos pa ver qué piensa acer uestez con mi cerida ija, después de lo que a echo...»

Pero Nolasco, a pesar de las faltas de ortografía y del asunto que trataba la carta, tuvo el suficiente valor para sonreírse, arrojar la carta al alto y acudir al Retiro a oír *La montería*.

Y el día 16 recibió Nolasco otra carta, que decía así:

«Lo que ha realizado usted con mi hija no tiene nombre... Y como padre de ella que soy, le exijo, por su bien, que venga a verme mañana...»

Nolasco se guardó la carta, y a los dos minutos no se acordaba de tal cosa y se ponía a pensar sobre la relatividad y la poesía «ultra».

El día 17, Echaquetecae, dejando de comer, se ponía a leer lo siguiente:

«Lo que ha hecho usted con mi hermana es una cosa muy fea. Yo, hermano indignado, soy, además de mecánico electricista, el que se ha de entender con usted, y...»

Leída esta otra carta, Nolasco continuó su comida, y no se preocupaba mas que de no tragarse alguna espina (comía natillas).

Pero el día 18 Nolasco Echaquetecae se hallaba preocupado por las tres cartas que ya conoce el lector. Él, que las había leído con la tranquilidad del que lleva un traje que no ha robado, sentía ahora muchísimo el haberse metido en aquellos tres líos. La cosa era, no para estar preocupado, sino para estar en las vidrieras de la locura. Una madre, un padre y un hermano, en la situación de sus tres infelices novias, son terribles. Pero, a pesar de todo, Nolasco no pasaba de estar preocupado. El gran «Juan Tenorio» era de una frescura que se acercaba a un pilón rebosante y lo dejaba «helao».

Trató de arreglar la cosa visitando a la madre, al padre y al hermano, a los que, naturalmente, dió toda clase de explicaciones y palabras, en las que iban más esperanzas que las que se pueden reunir en un gran colegio de niñas...

—Sí, sí. Me casaré con su hija, señora.

—Sí, claro. Yo, palabra de honor, me casaré en seguida con su niña, caballero.

—Naturalmente. Descuide usted, que yo me casaré con su hermana.

Había dicho Nolasco. Pero luego había pensado:

«Yo no me caso con nadie.»

* * *

El plazo por Echaquetecae marcado para celebrar las bodas iba a cumplirse, y Nolasco no sabía qué diablos hacer. Diablos o lo que fueren. Y Nolasco Echaquetecae, rubio y sinvergüenza él, seductor y algo literato, y también amigo mío (no soy culpable de ello), vino a verme, a vino me convidó, y charlamos.

Me pedía una solución para el problemita. Yo, sinceramente, le dije que no podía aconsejarle; pero que la única solución que tenía era... que se pegara un tiro.

—¿Y tú crees que esa es mi única salvación?

—Esa; no hay otra. Así es que pégate el tiro, si no quieres morir destrozado por todas esas familias de tus palomitas...

—Pues te voy a hacer caso, porque tú eres mi mejor amigo. Tú, que me quieres bien, me ayudarás.

—¿Yo?

—Sí, tú. Dame diez duros para comprar un revólver. Si me quieres, no me los negarás. Y, además, en cuanto tenga el revólver me darás...

—¿Otros diez duros?

—No. Me darás dos tiros. Dos tiros, pues yo no tengo valor para matarme.

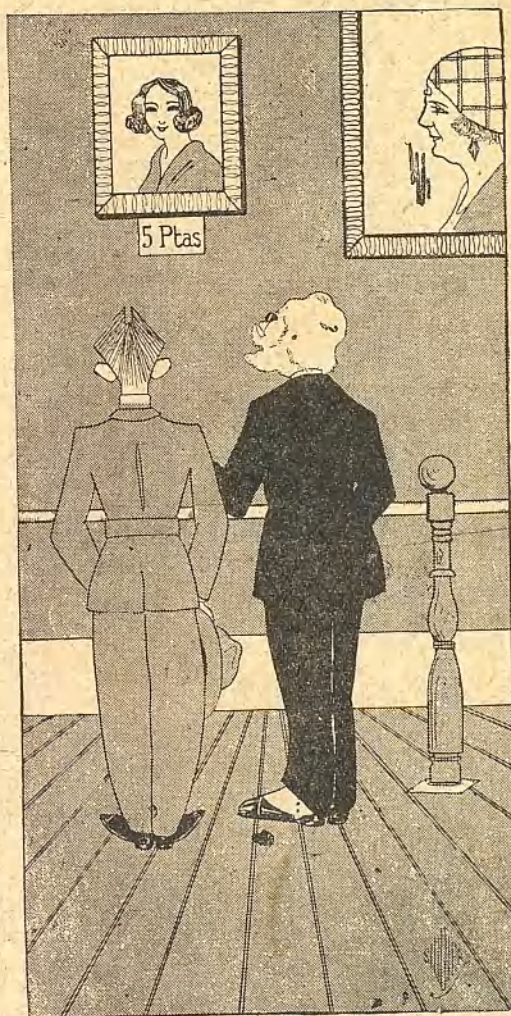
—Bueno... Y si quieres, ¡te doy siete!! Soy tu mejor amigo...

* * *

Lector: Soy un cobarde y un herido. No le di a Nolasco los dos tiros, a pesar del sablazo que me dió, que aun me está doliendo.

Temed, hermanos míos, a las armas cortantes (y también a las detonantes).

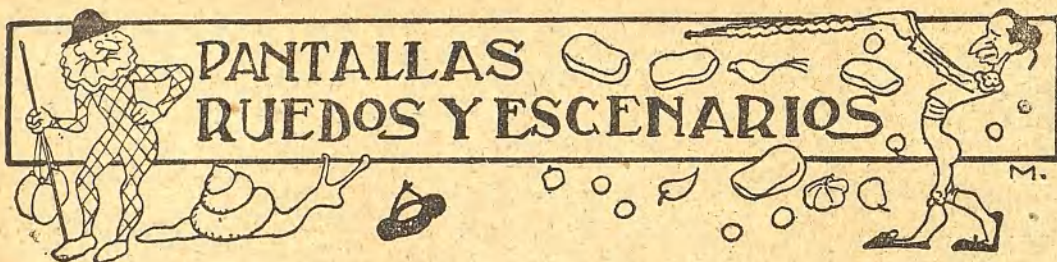
NICOLÁS DE SALAS



PARADOJA

EL CRÍTICO DE ARTE.—Ve ahí una cara que no es cara.

Dibujo de SIQUIER.



Una interviú rectificada por... teléfono.

Cuando entramos en la Redacción nos dice el ordenanza, que se ha tirado en cierto sillón de mimbre y aparece con la guerrera desabrochada, en una mano el abanico de anuncio y la otra en disposición de «empinar» el panzudo recipiente del Lozoya.

—¡Anda! Que no tenía ya ganas de que viniera usted.

—¿Qué pasa?

—Pasa que se conoce que ayer le hizo usted «birria» a su «andoval», y me tié tronchao de acudir al teléfono toa la tarde.

—Hombre, si yo no tengo «andoval», como tú dices, ni yo le he hecho «birria» a nadie.

—Pues entonces no me explico qué prisas son esas de hablar con usted por teléfono. Vamos; a no ser que quien le llame a usted sea el sastre para ver si le paga aquel traje de hace tres años, en cuyo caso yo he hecho el «ridi» creyendo que era una señora.

Un poco molesto por estas familiaridades ordenanciles, le digo con acritud:

— Bueno; basta de divagaciones y dislates, y...

Pero me interrumpe:

—¡Huy, mi madre! Cómo se viene el señor Portillo de léxico.

—¡Que me digas quién me llamaba!

—Si lo supiera yo, bueno; pero como no lo sé... Vaya usted al teléfono, que ahora mismito acababan de llamarle.

—¿Y dónde está el teléfono?

—Ni que no lo supiera usted. En la lechería de la «cae» de l'Argumosa.

La Redacción «la tenemos» en Doctor Fourquet;

así me explico la indignación del ordenanza. Comprendo y disculpo, como dijo el otro.

Llego a la tienda «láctea» cuando el odiado chisme de comunicación, con que raras veces podemos comunicarnos, vibra. Nos llamaban nuevamente.

—¿Quién?

—¿Portillo?

La contestación es una pregunta.

—Sí.

—Pues aquí Casals.

—¿Casals?

—El mismo.

—¿Y qué quiere?

—Protestar ruidosamente (habla a gritos) de los sambenitos que usted me cuelga en su..., bueno, le llamaré artículo... del número anterior de LA RISA.

Yo.—¡Ja, ja, ja!

Él.—No me ha hecho gracia. Pues bien: yo no he dicho nunca, ¡nunca!, que *La montería* fuese un esperpento... ¡¡Pero si dije todo lo contrario!! Si Guerrerito y Ramitos son muy inteligentes y muy simpáticos. Si *La montería* es una obra «grandiosa», y así he mandado que lo pongan en carteles y en «bandas».

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí, señor. Y si usted es un hombre verídico, pondrá en su revista todo cuanto acabo de decirle.

—Con mucho gusto. ¿Y qué más?

—Que *La montería* es la mejor obra en su género. Esa, y no otras de las llamadas «clásicas» que me obligan a hacer.

Un golpazo en el auricular, y a continuación el silencio.

Vuelvo meditativo hacia la Redacción... «¡Oh

la inconstancia humana!», me parece que escribió una vez Pedro Mata, y firmó. ¿Qué he de hacer?... Firmar también. ¿No?... Pues firmo.

L. M. DEL PORTILLO

Noticias y otros excesos.

Ustedes, lectores, no han oído hablar de Peñalver. No de la avenida del Conde, sino de la llegada de este otro, que no es conde, a Maravillas. Dijeron de él que era Gayarre, y, además de Gayarre, «español».

La gente lo puso en duda, por que no sabían muchos de dónde era el insigne don Julián. Un guasón advirtió a la Empresa que Gayarre fué «madrileño», y lo puso... No sabemos si por el uno o por el otro.

Es el asunto que el público que paga y algo ha oído hablar del ilustre navarro, del divino cantor, dijo que aquél no era Gayarre. Y se lo demostró.

Sin embargo, nosotros creemos en la Fatalidad, en los hados de Sánchez de Toca. Evidente. Aquella noche ¡se había anunciado *Jugar con fuego!* Todos saben lo peligroso que es esto.

* * *

Llegó Sassone al Cómico, y era tanto lo que su españolismo le dictaba a su corazón, que exclamó: ¡*Calla, corazón!* Y como era de oro de ley, la gente lo aceptó con entusiasmo.

Y se fué; pero el negocio es el negocio, y la actividad es signo de vida. Entonces el gerente del teatro, Fernandote Castillo, llamó a López Alarcón y le dijo:

—¡A *Vivir!*

Y todavía la gente, la misma gente (en cantidad y calidad) de aquellas horas, sigue aplaudiendo, porque esas «dos» cosas son las que le deleitan.

* * *

El invierno fué malo para los teatros. No hubo mas que un gran éxito pecuniario: *El niño de oro*. Ni más que dos éxitos artísticos: *El pavo real* y *El mayorazgo de Labraz*.



—¿Y por qué te saliste de aquella casa, con lo bien que te iba?

—No me salió. Me echó la señora porque decía que yo tenía muy malas formas, y precisamente al entrar me admitió el señor por todo lo contrario.

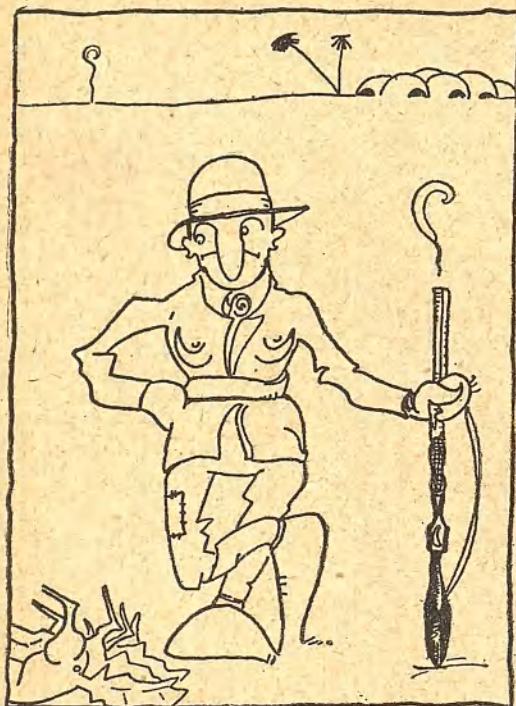
Dibujo de PERELLÓ.

Pero llega el verano, y la suerte, porque quedasen mal los que «saben mucho de todo», dejó para esta tremenda canícula los que habían de ser éxitos de arte y de dinero: ¡*Calla, corazón!* y *Vivir*. Y las casualidades: las comedias eran originales de dos camaradas entrañables, de los dos amigos más intensos y «más hermanos» del mundo.

Dicen que el Hacedor premia a los buenos cuando son más que los malos. Error. Los buenos, esta vez como todas, son menos..., pero han vencido.

Y perdonen ustedes, queridos lectores, que me haya puesto serio, como si estuviese «aguantando una comedia graciosa de Pérez Fernández. Perdón, en gracia al motivo.

TELON



1. Cartuchera, el valiente cazador, mató ayer cuatro zorros en Nador.

ALREDEDOR DEL GRAN MUNDO

NOTAS DE UN «SOGUILLA» DE LA CORTE

Boda aristocrática.

Por undécima vez, después del incendio de las Salesas, abriéronse anteayer para la Sociedad aristocrática los suntuosos salones del palacio del callejón de Preciados, propiedad del duque de Medina-Zelia, cedido galantemente por su noble dueño para celebrar en él una brillante ceremonia.

Una bellísima y variolosa joven, ahijada del duque, que estuvo en la galera de Alcalá por robar una falda de barros al administrador de *Nuevo Mundo*, y que es nieta del guarda mayor del Congreso de los Diputados, iba a contraer matrimonio con el señor Robustiano, el cacharrero de la calle de la Arganzuela, y el duque, recientemente condecorado una vez más por el Municipio madrileño en justa recompensa a su pasmosa habilidad para echar en lejía la ropa blanca, quiso hacer gran honor a su parienta con motivo de su enlace, poniendo a su disposición el palacio y toda la carne de membrillo que pudiera comerse en un trimestre.

Así, el pasado viernes, después que el capellán de la Almudena hubo terminado de bailar el «Waya-wais» metido en una sera, y de dirigir a los novios una elocuente y conmovedora plática, en la que les recomendaba no mondasen jamás las patatas con los nudillos, ni que zurcieran los calcetines con alambre, la numerosa



2. Y a su novia, opulenta cocinera, quiso hacer un regalo Cartuchera.

y selecta concurrencia, visiblemente emocionada, bajaba en cucullas la escalera principal al grito de «¡Vivan las «caenas!»».

Ya en el patio árabe, donde se celebró la boda, el cobrador de tranvías núm. 24 y el apoderado de «Valencia II», comían rosquillas tontas mojadas en árnica y aplicaban sanguijuelas a la concurrencia a precios de contaduría.

Los muros, que reproducen arabescos de la Alhambra y de la Delegación de carruajes; los arcos de herradura, que evocan el recuerdo del demolido Salón Zorrilla, y en artístico contraste con tanta riqueza amontonada, se ve una linda gamella de origen israelita que el duque la conserva con gran veneración, porque en ella atravesó el Helesponto la bisabuela de Maffas López.

A ambos lados del altar habíanse colocado tres burladeros, un piano de manubrio y dos

palmeras burgalesas que tendían sus ramas formando regio dosel, del que surgían sendas cabezas de ajo que embalsamaban el ambiente con sus embriagadores perfumes.

Algunos metros más separados, habíase construido una barricada para que se arrodillasen ante ella las novias y el sereno de la plaza de Olavide, que a las diez y tres centímetros hicieron su entrada en el patio, precedidos de tres paisanos de Sánchez Guerra, que llevaban hachas encendidas y taparrabos de tela metálica.

La novia, maravillosamente enjaezada al es-

acto colocáronse los testigos tumbados de bruces, que eran, por parte de la novia, el duque de Vista-Hermosa, «Barajas» el monosabio y el Conde de Romanones, y por parte del novio, el mozo de estoques de «Chicuelo», Carlos Coppel y un cuñado de Casimiro Orías, que se quedó tonto oyendo un discurso del marqués de Villaviciosa de Asturias y le da por lamer las orejas a los inspectores de Policía urbana.

Una vez terminada la ceremonia, abriéronse las puertas de la caballeriza, en la que estaba preparada una espléndida paella con mojama y pan de higos, que fué servida por seis acaparadores vestidos a la antigua usanza, con mantón alfombrado y sombrero «Frégoli».

Cubrían los muros de la estancia suntuosos tapices traídos de la Dehesa de la Villa, los cuales ostentaban en sus cenefas las armas de la casa ducal, y representaban «Un motín de verduleras de Fernando Póo» y «Moisés vendiendo requesón de Miraflores en el desierto de Sahara».

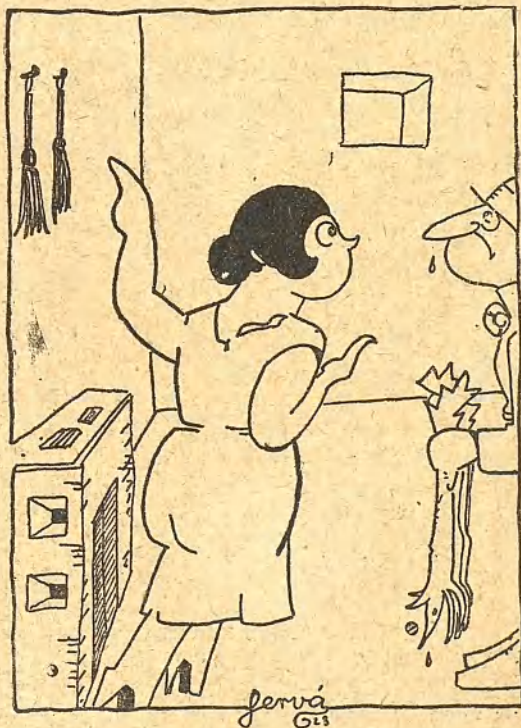
Entre las damas que asistieron a la ceremonia, recordamos a las duquesas de Frías, Mon



3. ¡Mas, voto a Cicerón y voto a Palo, no le gustó a la novia aquel regalo!

tilo de las Jurdes y envuelta en un toldo del café Colonial, llegó majestuosa, y al arrodillarse ante el capellán, bebióse medio chico de aguardiente de ruda, y encargó a un criado no se olvidara de mudar el cajón al gato. Junto a la desposada arrodillóse también la madrina, que era su madrastra, respetable señora, que desde que enviudó no ha vuelto a dirigir ninguna becerrada. El novio vestía de frac color permanganato y pantalón de hule blanco hecho a ganchillo, y acompañábase el padrino, que iba con impermeable y barretina y hablaba el esperanto por señas.

A ambos lados de las principales figuras del



4. Pues decía, muy llena de razón, que los tenía encima del fogón.

HISTORIETA POR FERVÁ

tellano, Casa-Baldosín, Ahumadas y Castillejos; a los señores Ministros de Hacienda y Gobernación, con pantalón de talle y pelliza de alpaca, respectivamente. A los señores Moreno Carbonero, Cambó, Villanueva, «Magritas», Saborit, Piniés, con su ama de llaves doña Gertrudis, que lucía precioso miriñaque con botas de montar, y presentábase en sociedad por vez primera, después de la ejecución de los reos de la Guindalera. Su marido no pudo acompañarla por estar salando tocino a destajo en la redacción de *El Imparcial*.

Honraron también el acto con su presencia los señores Maura, Weyler, Cubero, Sánchez Toca, ilustre continental honorario, Brocas y otros que no citamos por ser propensos a la tuberculosis y deber varios trimestres del impuesto de inquilinato.

Los nuevos cónyuges, a los que deseamos un sin fin de venturas y toda clase de esparabanos en la nuca, salieron anoche en un carro de mano para la Prosperidad y las islas Azores.

Mil enhorabuenas.

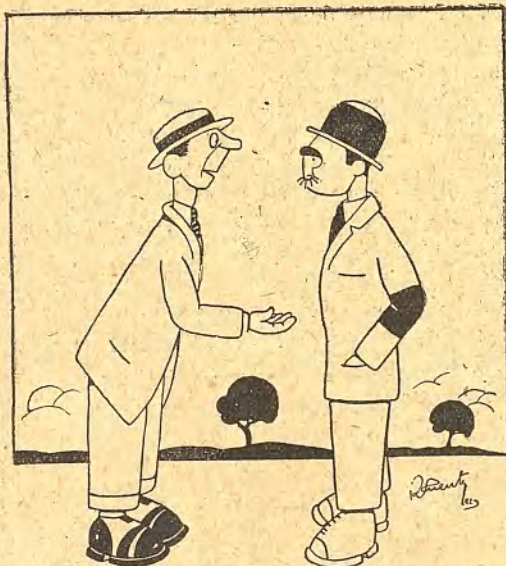
BLAS-KITO



EN LA VERBENA

—¿Qué, no tiene usted pareja, prenda?
—No, señor; no hay quien me saque a bailar...
—Pues ahora la traeré una de Orden público para que la saque... del salón.

Dibujo de DONAZ.



—Pero hombre el brazalete se lleva mucho más arriba.

—¡Ya, ya! Pero el roto estaba mucho más abajo.

Dibujo de FUENTE.

EL TRATO DEL TÍO GORIO

(CUENTO)

ALEJANDRO, el burro del tío Gorio, era un excelente animal en el que su dueño tenía puestos sus amores, y no perdía ocasión de celebrar ante los amigos las altas dotes de su asno:

—¡Es tan dócil—decía—, es tan inteligente!...

Yo creo que es el más inteligente de los burros.

Además, se ha criado en casa, y no es extraño que yo lo quiera como a un hijo.

Alejandro correspondía tiernamente a este cariño de su amo, y así sufría profundamente cuando el tío Gorio, malhumorado contra la tía Jeroma, su mujer, o habiendo ingerido más de la cuenta en la taberna, descargaba injustos palos sobre el inocente pollino.

Pero éste, en su fuero interno de burro, disculpaba a su dueño.

—Son momentos malos que tiene, y hay que resignarse y no cocear. Fuera de esos momentos es un hombre tratable...

Cierto día de feria estaba Alejandro muy contento y meneaba el rabo febrilmente, signo de evidente felicidad.

—Es feria: es día grande para mí. No todo el año he de hacer vida sufrida de borrico de carga. El tío Gorio me llevará al ferial y me va a comprar una albarda nueva. Lo he oído desde la

cuadra. Dice que estaré muy guapo. ¡Ya lo creo! Y.. ¡qué contenta se pondrá la *Rucia* cuando me vea con mi traje nuevo! Ella, que me decía ayer que no debíamos esperar más tiempo para casarnos. Yo le contesté: no seas burra, mujer; ¿no ves que no tengo qué ponerme?... Lo que me contestó ella me embarga de dicha. Déjame: no importa que no tengas que ponerte. Mientras menos ropa, mejor... No creas que yo soy como la tía Jeroma, que se casó con el tío Gorio porque éste tenía cuatro vacas y el linar de la pieza y la *güerta* en el *efio*... Nada, *Alejandro*; yo, si me caso contigo, es por amor... Así, así me contestó, y...

Aquí calló el borrico, porque llegó el tío Gorio, vestido, pelado y afeitado, como para ir, en fin, a la feria, caballero en su trotador *Alejandro*.

Por allá se metió, entre los pías y las recuas, y cuando se dió unos cuantos lucidos paseos, para admiración de arrieros y chalanes, se apeó frente a la caseta grande y pidió dos refrescos. *Mañita*, un gitano marrullero como un perro viejo, se acercó al tío Gorio, llevando del ronzal un burro magnífico, el perfecto burro, acabado de salir de la peluquería, con orejas afiligranadas y rabo dibujado. Una prenda.

—Tío Gorio, a vé si hacemos trato: le cambio a osté borrico por l'orrico.

—¿Dice usted cambiar, *Mañita*? Mi burro no lo cambio yo ni por los caballos del rey, ni por la burra de Balán.

—Pos, por ese mesmo le propongo cambio, tío Gorio. ¿Cree osté que yo habría de da mi *Lenine* por un bicho cualquiera? Mírelo osté qué majo. Patitas finas de jirguero, mirá durse, güen tipo... Los dientes... se los limpia tós los días; y si lo oyera osté rebuzná, pagaría osté dinero, como se paga pa la ópera. Me lo echo a peleá con un mirlo...

Así, el gitano siguió dando a la *mui* con las mejores ponderaciones de su repertorio: hízole al borrico la historia desde el bisabuelo; se montó y dió varias vueltas garbosas, y el tío Gorio, encantado, accedió al cambio.

—Pero me tiene osté que dá diez duros ensima, tío Gorio.

—Le advierto a usted que mi *Alejandro* es una bestia sabia.

—Y mi *Lenine* sabe taquigrafía.

—Mi *Alejandro* come poco.

—Mi *Lenine* está listo con una perra chica de avellanas y le sobran las cáscaras p'el otro día...

Por fin, hízose el trato; *Alejandro* y el billete de las cincuenta fueron a poder del zingaro.

El tío Gorio, dando un gozoso brinco, montó sobre el bolchevique y comenzó a dar vueltas por la feria entre la admiración general y entre copa y copa.

—¡Vaya posín, tío Gorio!—díjole el *Tobalo*, un gitano amigo—. No está má er borriquillo; pero se lo cambiaría por otro mejó.

—¡Si acabo de cambiarlo por otro!

—¿Y eso qué tiene que vé, zeñó?

—Hombre, es que... le toma uno cariño.

—Más cariño le tengo yo a éste, que tuve que criarlo personalmente con biberón; allí en casa lo miramos como de la parentela.

Total: que el tío Gorio, porque tenía un día tonto o porque tenía unas copas de más, volvió a nuevo cambio y todavía dió cinco duros.

Montó en su *tercer* burro, picó talones y allá se fué a su casa, contento como un chico, a enterar a la mujer de sus tratos.

—Soy un tío haciendo negocios, Jeroma.

Y contó a la consorte sus dos cambios.

La mujer miró el burro, lo remiró de norte a sur, y dijo:



—¿Oiga, mozo? ¿Es usted el echador, verdad?

—Sí, señor.

—Bueno, pues haga usted el favor de echar a esa señora que entra.

Dibujo de DONAZ.

—Muy peladito y desfigurado está. Pero éste es *Alejandro*.

—¿Qué dices?...

El tío Gorio... por poco se desmaya. Y era, era *Alejandro*, el mismo, el mismísimo.

¡Y había dado quince duros!...

Fué una catástrofe. Quince palos dió al inocente *Alejandro* con toda su alma, diciendo y repitiendo:

—¡En la vida te volveré a llevar a la feria!...

TOMÁS OVEJERO CASTAÑO

DIGNIDAD CAMPESINA

CUANDO el sol calcina los huesos, me gusta esconderme en una aldea que dista tres horas de

Barcelona. Está enclavada entre un bosque de robles nudosos y a la orilla derecha de un río de aguas claras.

Allí, después de una buena noche pasada en una rústica posada, donde sirven pan de trigo y leche sin adulterar, me levanto temprano y salgo con el álbum de dibujo debajo del brazo.

Siempre escojo los sitios más pintorescos para que su sorprendente visualidad anule mi poca intuición artística.

Todos me conocen y me llaman «el señor de Barcelona». Lo que me choca es ver que, cuando

hablan de mí, lo hacen con una mezcla de respeto y de ironía.

El mozo que más ha llegado a interesarme es el hijo del alcalde.

Es pequeño y regordete, como un botijo; fuma colillas de su padre y, para librarse de los fulgores del sol, usa un sombrero de paja que, visto de lejos, le da el aspecto de seta. Escupe

como un boyero y sabe guñar el ojo a las casadas.

Muchas veces acostumbro a salir con él, y luego, cuando habla con sus compañeros del «señor de Barcelona», nunca puede esconder cierta vanidad rural.

Un domingo, sentados debajo de unos chopos que bordean el camino vecinal, pasó el *hereu* de *can Titus*, que llevaba un buey al mercado. Al verlo mi compañero se quitó el chambergo y saludó ceremoniosamente al animal. Esto me sorprendió; pero me abstuve de hacerle ninguna pregunta al ver su tranquilidad.

Al poco rato, y por una vereda que cruzaba el pueblo, se presentó el registrador del pueblo. Al pasar junto a nosotros saludó cortésmente, dió los buenos días y se alejó.

Yo, siempre comedido, devolví el saludo; pero

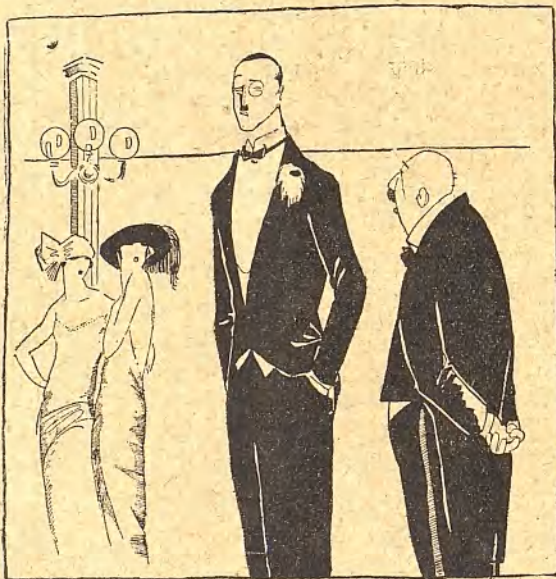
el hijo del alcalde no solamente volvió la cara, sino que empezó a silbar. Me vi obligado a pedir explicaciones, y le atajé con estas palabras:

—¿Qué te pasa, moscardón? No hace mucho ha pasado el buey de *can Titus* y te has deshecho en saludos; ahora acaba de pasar aquel simpático señor, y no te has dignado corresponder a sus modales. ¿Eres tonto o tienes algo pendiente con él?

—Nada de nada—contestó el payés—. El buey merecía mis saludos, porque es más digno. Gracias a él en

mi casa nacieron dos becerros, que se vendieron a buen precio. En cambio este mequetrefe presumido cortejó a mi hermana, vino un crío, y hoy es el día que aun no sabemos qué hacer de él.

FERRÁN D'EGARA



—Vengo de la sala de juego, donde me he dejado mil pesetas en una calle.

—Pero, ¿en qué quedamos, conde? ¿Es de la calle o de la sala de juego de donde viene usted?

Dibujo de REDONDO.

SIN CONTRATA

LA calle de Sevilla tiene un expresivo y bonito nombre, muy relacionado con la fiesta nacional. Allí acuden ordinariamente los desdichados que se pasan la vida soñando con vestir el traje de torero, y forman corrillos melancólicos a caza de noticias.

—¿Qué hay, *Gorreta*? ¿Toreas?

—Sí, quisá. Er *Mengue* m'ha dicho que va a llevarme a una de cuatro novillos, sin picares.

—¿Sin picares? ¡Mardita sea la má! ¿Pero estos tíos creen que los picares vivimos del aire?

—Pué, sí; er día catorse celebran ar patrón de Jabeque, y el alcarde ha contratao a cuatro novillos y ar *Pesares*, que alterna él solo en los cuatro. ¿Y tú, desde cuándo no trabajas?

—¡Desde er tiempo de Cúchares, mardita se'a la má!

—Ya ves; un picaó como tú, que le matas los toros ar mataó... Porque a bruto no hay quien te puea. Toavía m'acuerdo der puyazo que le diste a un miura en Arganda. ¡Vaya pu'ro! Por causa tuya le dieron los tres avisos ar *Zoquete*: con aquella rajaura, claro, er bicho se quedó avisao pa siempre.

—Y ya ves, *Gorreta*. Sin toreá estoy, lleno de ira y empeñado hasta los ojos.

—Porque tú quieres.

—Es que no tengo empeños.

—Porque tú quieres, te digo yo, Ulpiano.

—¿Qué puedo hasé? Aquí, en la calle de Sevilla, me paso onse horas diarias tós los días.

—No, hombre; es que hay que sé enérgico, imponerse.

—Verdá, tienes razón. Tó hasta que yo me jarte.

—Eso es.

—Tó hasta que yo me jarte y mate ar *Mandanga*.

Diciendo esto, Ulpiano, un picador más grande que un veragüeño, con una musculatura increíble en un hombre sin contrata, clavaba sus ojos en un farol, como si fuese éste el aludido.

Envenenado de amor propio, Ulpiano repetía que había de matar al *Mandanga*, matador de moda, si éste no lo contrataba.

Y luego, en otro grupo, donde se hallaban el *Lele*, el *Mojamita*, el *Pairo* y el *Sipi*, repetía furioso:

—Yo mato ar *Mandanga*.



—No me importará morir si voy al cielo. ¿Crees tú que podré alcanzarlo?
—Por lo menos estás muy cerca de él, porque como vivimos en un sexto piso...

Dibujo de OCHOA.

El *Lele* dijo:

—Pue yo no toreo desde mayo antepasao, en Mudela. Y eso que quedé como los ángele, que aunque un López Ortega me mandó a las nube, luego puse tres pares ar toro siguiente, que toavía me están tocando las parmas.

—¡Toavía! Pero, ya ves, no te han vuelto a llamá.

—Es que aquí las que valen son las influencias. Aquí no toorean mas que los hijos de los ministros.

—Pues a mí—rugió Ulpiano—a mí van a hacerme caso. Esta noche mato ar *Mandanga*.

El *Lele*, el *Mojamita*, el *Pairo*, el *Sipi* y los demás, mostraron su asombro.

Dijo el *Jipi*:

—No te comprometas, Ulpiano. Tú eres mu bruto, que te viene de casta, y temo que hagas una de las tuyas.

Pasó el *Maletín chico* luciendo su cadena de oro, con un perro de dije y su botonadura de brillantes. Y murmuró el *Mojamita*.

—Ya veis a ése. Veinte corrias lleva va. ¿Y qué hase ese niño? M'acuerdo de una tarde, toreando yo con los hermanos *Diviesos de Vallecas*, ése, *Maletín*, iba de peón de confianza, de sobresaliente, y, en fin, de niño mimao.

—Yo estaba allí—dijo el *Sipi*—. T'acordarás que salió er sexto, un berrendo inofensivo, una marva, y ése, *Maletín*, fué y se encargó de la muerte. ¡Qué faena hiso!... Empesó dando, por equivocación, por miedo digo yo, dos naturales ar peón que estaba más cerca; luego se fué ar toro por el rabo y se jincó de roillas; siguió con un pase de pecho por la esparda, dos por arto, porque salió vorteao; uno por bajo, porque salió revorcao; y luego, de coraje, viendo que er toro ni por las buenas se dejaba matá, se fué a un cabestro, que salió mandao por el alcarde, y le dió un bajonazo. Le cortaron la oreja del cabestro, pero por poco lo matan a él. Menos má que en er pueblo no hay ese lujo que aquí de las armoaillas...

—Pero ya veis—habló Ulpiano—. Ese niño bonito tiene siempre contrafas... Bueno; tó has-ta que a mí se me ajume er pescao. Esta noche voy a la fonda de *Garabato*, y si er *Mandanga* no me da una corria, le parto la crisma.

Los ánimos estaban caldeados, y para mayor propiedad, la tertulia se pasó a *La Sevillana*, donde entre copa y tapa se estuvieron lamentando unos y otros hasta que ya era oscurecido.

Ulpiano, en uno de sus arranques, gruñó:

—Yo mato ahora mismo ar *Mandanga*.

Levantándose, y sin pagar la manzanilla bebida, se salió a la calle.

—Ese es capá de una cosa fea—comentó el *Sipi*.

Como todos conocían bien a Ulpiano, coincidieron en un mismo temor. Ulpiano, en erecto, fuese a la fonda del *Garabato*. Allí el *Mandanga*, tres de su cuadrilla y varios amigos señoritos, descorchaban frascos del sanluqueño y fumaban puros como bastones.

—¿Está *Mandanga*?—preguntó ceñudo el Ulpiano, asomando sus gruesas narices por la puerta.

—Pasa, Ulpiano—le ordenó cariñoso el matador de moda.

Entró Ulpiano y clavó una mirada de aborrecimiento en una de las botellas.

—¿Qué hay, maestro?—preguntó *Mandanga*.

Ulpiano se quedó rumiando aquello de maestro, dicho por el fenómeno del día.

—Pué, mira... Este año no me he estrenao. ¿Qué dises tú?

—Es verdá que no has toreo una, es verdá, y créeme que lo siento.

¡Que lo sentía!... Pues no era mal muchacho este *Mandanga*. Era un hombre fino... Tan fino, que llenó unas copas y las fué brindando galantemente al recién llegado.

Y oyendo varias veces al matador que lo sentía mucho, se despidió Ulpiano con el mayor comedimiento y volvió al colmado, donde lo esperaban los otros llenos de inquietud.

—¿Qué?—inquirió el *Sipi*,

—*Mandanga* es un hombre mú cabal, un buen muchacho, M'ha dicho que lo siente, que lo siente de vera.

Los otros, decepcionados, miráronse expresivamente. Pero Ulpiano, volviendo a su justa fiereza, dijo tirándose el ancho atrás y escupiendo por el colmillo.

—Mañana..., mañana mato al empresario...

JOSÉ BRUNO

—¿Cuál es el ave que tiene cresta, plumas, espolones y además tiene cuernos?

—¿El burro?

—No, señor.

—¡Ah! El gallo, hombre, el gallo. Sí, pero sobran los cuernos. No, no es el gallo.

—Sí, señor; es el gallo. ¿No ve usted que los cuernos son «pa despistar?»



—¡Ay, don Cándido! Usted no sabe todavía lo que es tener un hijo.
—No, señora. Ni quiero saberlo.

Dibujo de GALINDO.

¡ABAJO LOS GUAPOS!

UNA mañana de primavera un grupo de hombres lanzóse a las calles recorriéndolas en tumultuosa manifestación, de la cual formábamos parte nosotros. Nosotros, aun cuando nunca nos ha gustado hacer manifestaciones, y profiriendo gritos de «¡Abajo los guapos!»

Entre los manifestantes había varias mujeres que llevaban banderas con letreros subversivos y pendones con dibujos alegóricos, siendo de notar que entre los hombres también había bastantes pendones.

De aquel moén, en el que más de una vez tuvo que intervenir con toda su fuerza la fuerza pública, y en el que la roja—¡naturalmente!—sangre corrió más que en un *cros country*, nació, lleno de vida, de ideales y de nuevos horizontes, el «Sindicato de los hombres feos», cuyo número de socios (1) fué aumentando progresivamente.

Las bases del citado Sindicato eran modelo entre las de su género, porque sus ideas eran más modernas que la marimba.

(1) Lo de «socios» lo decimos en el verdadero sentido de palabra.

Los feos habían sentido sobre sus almas el yugo de los guapos, e intentaban levantarse, auparse, oreados sus espíritus por ansias de liberación y de justicia. En las oficinas que el Sindicato estableció, en un piso de la calle del General Pardiñas, notábase continuamente un movimiento inusitado, y era de ver que por sus cercanías abundaban que era un gusto o, mejor dicho, un disgusto, los feos. Rostros aceitosos, cubiertos de cicatrices, faltos de cejas, de amplias narices, o, por el contrario, de diminutos apéndices nasales; bizcos, tueritos, flacos, gordos, morenos, rubios, calvos y pelones; en fin, la flor y nata de la fealdad española acudía, con arrollador empuje, a las oficinas del Sindicato, que fué aumentando en importancia y nombre conforme iba siendo mayor el número de sus socios.

Y una mañana, olorosa y clara, olorosa como un mercado y clara como un cristal recién fregado, la Junta del «Sindicato de los hombres feos» presentó al Gobierno las bases del Sindicato; bases cortas, pero juiciosas, que fueron objeto de un minucioso estudio por parte del Gobierno, que nombró una Comisión especial, integrada por sobrinos del ministro de Marina, con sus correspondientes dietas y viajes al Extranjero, para el estudio detallado de las tantas veces citadas bases.

La parte esencial de la tal Memoria era la siguiente, cálido canto a la justicia, redactado por uno de los feos más insignes del Sindicato:

«Protestamos enérgicamente ante el Gobierno de lo que nosotros conceptuamos y es una injusticia. ¿Por qué existen en este mezquino mundo hombres guapos como Adonis, mientras que otros, ¡oh dolor!, son feos como Cyrano? ¿Qué daño hemos causado nosotros para nacer feos? ¿Por qué razón alcanzaron el privilegio de ser guapos aquellos mortales? Es preciso que termine esta injusticia. Es preciso, sí. Por eso el «Sindicato de los hombres feos» no duda en proclamar a los cuatro vientos sus anhelos, sus ilusiones todas. ¡Igualdad ante todo». Esa es nuestra divisa. O todos guapos o todos feos.»

El Gobierno, *comprendiendo* lo justo de las peticiones del Sindicato, obró como de costumbre, es decir, aboliólo, perdiendo la Memoria en uno de los cajones de la mesa del señor presidente, y con esto y algunos *amarillos*, que en todos los Sindicatos abundan por muy de feos que se compongan, vino abajo tan egregia obra, primera piedra del edificio moral que tanto ansiaban los feos.

NARCISO DEL JARDIN

D I A L O G O

(I M I T A C I O N)

—Eres un tiazio, Usebio;
eres un charrán.

—¡Manuela!

—Eres un macho cabrío
que tira al monte.

—¡Mi abuela!

—Eres un gorrón de marca.

—¡Mi madre!

—Que no chanelas,
porque tiés entumecío
el cerebro.

—¡Anda mi suegra!

—No sirves pa ná la cosa.

—¡Mi padre!

—Y de sinvergüenza
fiés un rato; pero largo.

—¡Mi tía Clara, la de Illescas!

—No trabajas, pero bebes,
y me zumbas, si t'empeta.

—¡Mi tío, el de Cimpozuelos!

—Te juro, ¡míalas, por éstas!,
que no estás más a mi lao.

—¡Ay, mi hermana!

—¡Colla, pelma,

y déjate de familia,
que están bien y veranean

en el Palace-Quiñones

y en el Abanico-Termas.

—Aquello fué mala pata.

Calla y escucha, Manuela,

q'eres un hacha con filo

c'atosigas y mareas.

—Con ella te voy a dar

en mitá de la cabeza,

pa que te salga el serrín,

que tiés dentro.

—Oye, mi nena:

¿quién ha sío pa ti un perro?

¿Quién se gasta las pesetas

contigo, cuando las das?

¿Quién por ti pasa las negras

por no poderle llevar

lo mismo que una marquesa?

¿Quién t'ha subío la ropa

desde las mismas Peñuelas

hasta Chamberí? Este cura.

¿Quién en todas las verbenas

ha daó al manubrio por ti?

Eso lo ha ejecutao menda

por tu salero y tus curvas...

—Basta, Usebio, que ni apenas.

—Hay más. Tú sabes que está

loca por mí la Josefa;

la Paca se soltó el pelo;

se fué a un asilo la Andrea;

se marchó con otro Pura,

y ¿qué más? Si hasta cuarenta

andan por ahí dando voces

por calles y callejuelas...

Pues bien, a mí, ¡pajaritos!,

el Usebio que camelas

es solo pa ti ¡serrana!

—¿No me engañas?

—Pa que veas

quién soy yo, dame tres duros,

ponte la falda y las medias

(no te pongas pantalones,

que los llevo yo, Manuela),

coge el mantón de ocho puntas,

dame la gorra de seda,

y vamos a dar achares

en ca Juan, Bombi o las Ventas,

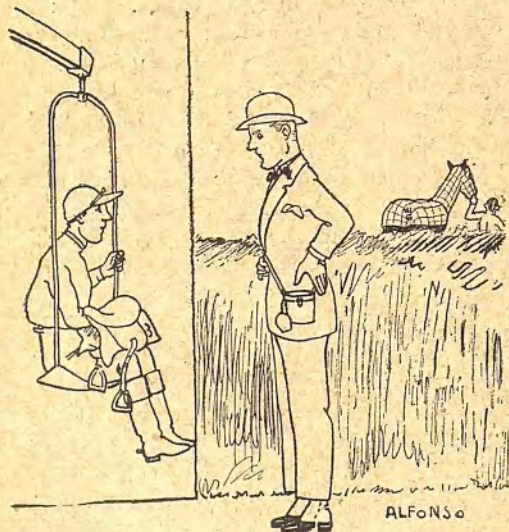
hasta a la señá Cibeles

que está en un carro de piedra

(con dos chavales y un jarro

por detrás), en la plazuela

donde hay un Banco muy grande,



—¡Eres tonto! Apostar sin estar seguro de ganar.
¡Lástima de pesetas!...

—Tienes razón... Ahora me están pesando...

Dibujo de ALFONSO.



EL — ¡Oh, qué hermoso panorama! ¡Parece un paisaje de égloga!
 ELLA. — ¿Égloga? Nunca he oído hablar de ese pintor.

Dibujo de GARRÁN.

en el que sólo se sientan
 los burgueses de la guita,
 los que aviyelan las perras;
 y luego...

— Basta ya, Usébio,
 toma las quince pamelas,
 y vámonos.

— ¿Adónde, chacha?
 — ¿Adónde ha de ser? A correrla,
 que soy tuya hasta...

— No sigas,
 echa a andar zaragatera.

— ¡Olé, los hombres rumboosos!
 — ¡Olé, las castizas hembras!
 (Él, aparte) — ¡Vaya prima!
 (Ella, al paño). — ¡Sinvergüenza!

(El diálogo no es exclusivo
 de la gente jaranera,
 pues, en variando el lenguaje
 se encuentra en la clase media,
 y modernizando un poco
 se da en las altas esferas.)

ADÁN DE F. ESCORI.

CAPILGENO
SORPREN
DENTE PRO
DUCTO PARA
EL CABELLO.
VIGORIZA LA RAIZ
CAPILAR Y HACE
QUE SURJA PELO
DE LAS CALVAS
MAS REBELDES
AQUÍ
SE VENDE



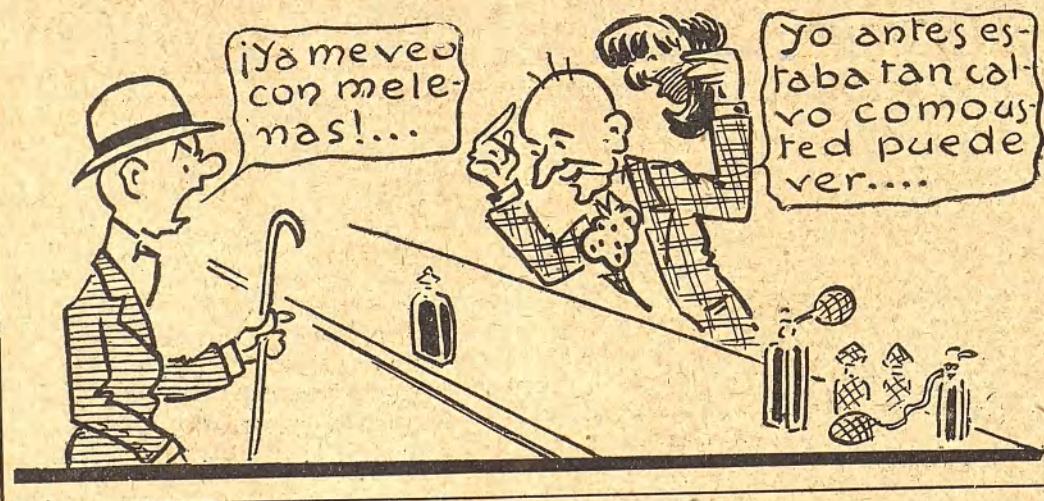
INO

MÁS

CALVOS!

(HISTORIETA)

por ORTIZ





A VUELTA DE CORREO



A LOS ESPONTANEOS

No se devuelven los originales ni se mantiene conversación ni correspondencia acerca de ellos.

De la admisión o exclusión de los mismos se dará cuenta «exclusivamente» en esta sección.

Serán preferidos para su publicación los dibujos que se ajusten a los tamaños de 29 de alto por 10 de ancho o 23 de ancho por 9 de alto (se refiere a centímetros) y los artículos que sean breves.

Unos y otros deberán venir acompañados del cupón correspondiente, y los autores que deseen cobrarlos lo harán constar en el mismo original, así como los nombres, señas y residencia de los mismos y deberán llevar una sola firma.

Diríjanse los originales al apartado 7.002.

Todo trabajo que no se ajuste a estas condiciones quedará sin contestación y será inutilizado.

Pancracio Chorro. Madrid.—Los versos que nos envía, menos el dedicado a la futura tumba de Romanones, se publicarán. ¡Pero qué manía le tienen ustedes, los colaboradores espontáneos, al travieso conde y al infeliz de Alcalá Zamora!... Casi todos ustedes se chufan de ellos. En cambio a La Cierva, a Sánchez Guerra, a Piniés o a Goicochea que son más cursis y más dignos del choteo, los dejáis incólumes.

Angel Carvajo. Madrid.—Sus *Cañonazos* no nos han hecho la menor impresión. Es usted un artillero para andar por casa o por la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Dedíquese a lo suyo y no gaste más pólvora en salvos.

Valeriano Delgado. Madrid.—Su cuento viejo no nos sirve. Aquí somos partidarios de lo breve y de lo nuevo, señor Delgado.

Ferrán de Egara. Barcelona.—Admitido.

A. Martínez. Madrid.—Tiene usted condiciones. Trabaje con más cuidado, y procuraremos publicarle algo.

Tomás Ovejero. Madrid.—También se publicará. Estamos en el cuarto de hora de concesiones.

T. arde Piache. Madrid.—Para cada pasatiempo es necesario enviar cupón. No siendo así, no se abonan.

El Caballero Autobús. Madrid.—Por esta vez haremos una excepción, y ponemos a su disposición *En las entrañas de la tierra* para que las entierre en la fides. Esto quiere decir muy atentamente que no lo vamos a publicar.

Conque, señor *Autobús*, arree para la calle del Doctor Fourquet y venga a por las *Entrañas* suyas, no vaya a ser que con el calor que se ha desarrollado se inflame el ilustrador y sea pasto de las llamas.

Andrés Aroca. Madrid.—Polémicas con vistas a echarse una novia por mediación nuestra, ¡no! Aun somos jóvenes para hacer ciertos papeles.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

Madrid, provincias y América.

	Pesetas.
Trimestre.....	3,60
Semestre.....	7,20
Año.....	15,60

Extranjero.

	Unión postal.	Pesetas
Trimestre.....		4,80
Semestre.....		9,60
Año.....		19,20

Las subscripciones empezarán con el primer número de cada mes.

Los suscriptores tendrán derecho, sin aumento de precio, a los números extraordinarios que pueda publicar LA RISA.

CONCESIONARIO EXCLUSIVO
PARA LA VENTA EN ESPAÑA DE

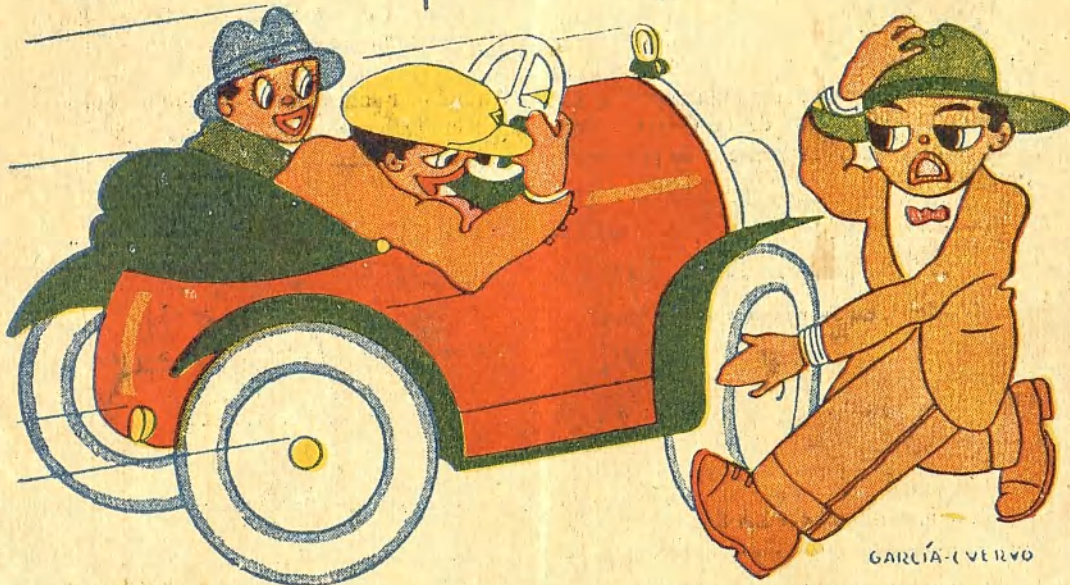
“LA RISA”

SOCIEDAD GENERAL DE LIBRERÍA
:: :: FERRAZ, 21.—MADRID :: ::

LA RISA PUNTO DE VISTA...



CUANDO VA EN AUTO: — ¡Que animales!... ¡¡No saben andar por la calle!!...



GARCÍA-CUERO

CUANDO VA A PIE: — ¡Que bestias!... ¡¡No saben llevar un auto!!...

Dibujo de GARCÍA-CUERO.